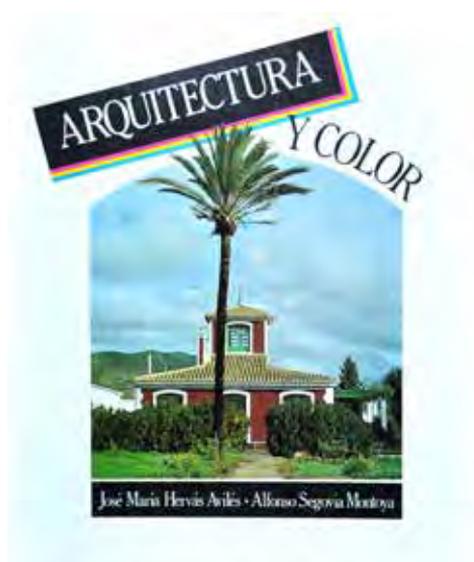


ARQUITECTURA Y COLOR

Análisis de la utilización del color en las arquitecturas tradicionales de los antiguos reinos de Valencia y Murcia

Vicente Martínez Gadea

Pintor, arquitecto y académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca



Portada

Antes de entrar en la reseña me gustaría hablar de uno sus autores. Tuve la suerte de ser amigo íntimo de José María Hervás Avilés. Desde que empezamos a ejercer la profesión en Murcia hasta su triste y prematura muerte, unos treinta años después. Durante esos años nos vimos con extraordinaria frecuencia y pude comprobar su sincero y apasionado interés por la arquitectura, pero pienso que aun más por la pintura y por la música. También por los libros, el cine, el teatro, la buena comida y los viajes, con un extraordinario afecto y atención a cualquier manifestación artística. Se cuidó de que sus hijos estudiaran música y acrecentó con gusto la colección de pintura heredada de su padre, también, como él, enamorado del arte. Recuerdo ahora nuestros viajes a Paris para ver lo que habían hecho Bob Wilson en el Odéon y Peter Brook en los Bouffes du

Nord, al Festival de Granada para oír a Jessye Norman, a Madrid para ver todo lo que hiciera Robert Lepage, o al Valle del Jerte y a tantos pueblos de Valencia, Alicante y Murcia, buscando arquitectura popular (y también lamentando su desaparición). Su convicción de que el arte era lo más importante de la vida, y su atracción por lo más sensual de sus manifestaciones, explica que su importante trabajo de investigación encontrara precisamente en el tema del color un apasionante reto. A Alfonso Segovia lo conocí de su mano. Menos, pero lo suficiente para entender que no eran una se esas parejas de autores que se reparten el trabajo según sus talentos e intereses, a menudo bien distintos y complementarios, sino que eran del mismo tipo de apasionados capaces de ilusionarse y emplear su tiempo en perseguir sus filones, retroalimentándose y sin necesidad de que nadie les marcara objetivos o cosas por el estilo. Ya por separado, José María investigó la vida y obra del poeta y crítico de arte francés André Salmon y la del grupo de Picasso al que pertenecía, o la del pintor Pedro Flores que también vivió con ellos su época parisina y del que dejó dos libros fundamentales para la bibliografía de este artista murciano. También estudió e intervino en edificios como la Casa Pintada de Mula para restaurarla y convertirla en museo, o la Casa de la Finca La Cierva, en Algezares, obra del notable arquitecto murciano Pedro Cerdán; mientras, Alfonso también seguía completando sus estudios sobre color en la arquitectura de la Rioja entre otras interesantes investigaciones.

Arquitectura y color fue publicado en 1983 por la Editora Regional de Murcia, que dependía de la Consejería de Educación y Cultura, y por el Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia, con diseño de Roberto Turégano y fotos de los autores, a excepción de unas pocas correspondientes a los dos capítulos de introducción. Seis años después, los mismos autores publicaron *Arquitectura y color en Murcia*, editado por la Consejería de Política Territorial y Obras Públicas de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, con un cuidado diseño de Severo Almansa y magníficas fotografías también de los autores.



En una breve introducción se reconoce de entrada la dificultad –cuando hablamos del color– del uso de términos tan relativos como tonalidad, saturación, claridad, pureza o capacidad de estimulación. Y esta *capacidad de estimulación*, seguramente el más ambiguo de estos términos, es declarado enseguida por los autores como el punto más importante para ellos. Después

de hacer un repaso a los principales sistemas de nomenclatura y clasificación, y plantear unas definiciones que puedan ayudar a moverse en asunto tan complejo y problemático –nombrando desde los estudios de Platón, Newton, Goethe, Kandinsky o Albers, hasta los actuales sistemas de codificación numéricos, imprescindibles en los protocolos de intercambio para su uso y verificación industrial– pasan a describir la consideración del color como elemento sobresaliente y diferenciado dentro de la constitución y personalización de nuestro espacio vital a lo largo del tiempo.

El recorrido desde la Prehistoria hasta nuestros días se va deteniendo en las cuestiones más específicas que cada época y lugar han ido planteando: la caverna y el sentido de la realización de las pinturas rupestres; las primeras civilizaciones agrarias y el sedentarismo vinculado, que propicia las primeras construcciones y el uso del color en ellas (pero entendiendo siempre color «añadido» más allá del que tienen los propios materiales) con los ejemplos de Egipto y su utilización masiva del color que cubría sin reservas muros, esculturas y bajorrelieves, o el de Mesopotamia con sus estucos, pinturas y maravillosos esmaltes; la cultura egea y el uso alegre de colores básicos en sus realizaciones artísticas; Grecia con sus violentos contrastes de colores, y también Persia y la dicotomía Oriente-Occidente y sus influjos mutuos; siguen después el Cristianismo, el Islamismo y la voluntad más equilibrada del Renacimiento (se incluyen dos oportunas citas, una de Bathisti: «...el uso de paredes claras, de luces distribuidas de modo más sereno y uniforme, pretende oponerse a la distribución empírica de pinturas de enseñanza y devoción divulgadas en las iglesias góticas italianas», y esta de Alberti: «A Dios le agrada ante todo la pureza y la sencillez del color, lo mismo que le place la pureza de la vida» que explican el cambio de sensibilidad, que no alcanzó a Venecia, como en España la sobriedad de Castilla no se extendió a Andalucía); y así, deteniéndose en los grandes momentos de los últimos cinco siglos, hasta nuestros días donde, explican, el arte deja de tener la misión de traducir los mensajes externos de carácter religioso, simbólico, histórico, etc. para encerrarse en su propia naturaleza apartándose de todas las tradiciones. Esta actitud revisionista se manifiesta a gran velocidad y en múltiples direcciones con teorías sucesivas que recusan a la anterior, propiciando tanto formas de expresión frías, donde el hormigón, el vidrio o los metales enseñan su condición, frente a otras –como las de De Stijl, Taut, Mondrian o Le Corbusier– que defienden con teorías y obras la policromía en la arquitectura de la ciudad.

Después de esta introducción, se acota el ámbito del estudio, que se concreta en las provincias de Murcia, Albacete, Alicante, Castellón y Valencia, que constituían los antiguos reinos de Murcia y Valencia. Aunque ambos pertenecieran al mundo mediterráneo occidental, con clima, topografía, agricultura y relaciones comerciales y culturales coincidentes que determinan el desarrollo de su arquitectura, también presentan diferencias notables. Las

de la meseta albaceteña y las tierras altas de Castellón respecto a las zonas costeras son las más evidentes. Aun así los autores señalan aspectos comunes, como la dificultad de penetración en estas tierras de las borrascas atlánticas que rara vez consiguen salvar la barrera de las sierras occidentales, impidiendo el aporte de agua de lluvia, que se limita a las escasas lluvias de procedencia mediterránea, a menudo torrenciales y breves y que periódicamente han asolado las tierras bajas. También tienen en común el predominio de vientos secos y cálidos de procedencia norteafricana que acentúan la aridez. Pero el aspecto común que más interesa a los autores para su estudio es el de «la singularísima luminosidad característica de las tierras próximas al mar, que determina una percepción de los colores de manera especialmente vibrante»; y sobretodo la influencia común en todas ellas del mar Mediterráneo como vehículo difusor de ideas y de cultura, y por lo tanto de arquitectura. Y sobre todo de Italia, en una época en la que lejos aún de la Europa moderna formada por naciones de fronteras bien delimitadas pervive un «estado urbano-marítimo» formado por una federación de ciudades litorales que aspiran a dominar el mar (Venecia, Génova, Lucca o Barcelona). Y aquí incluyen una cita del libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de F. Braudel:

Mundos idénticos se encuentran a orillas de regiones tan lejanas y tan diferenciadas en su conjunto como Grecia, España, Italia y el norte de África, y sin embargo estos mundos están animados por el mismo soplo e intercambian sus hombres y sus bienes sin sufrir desplazamiento alguno (sic): estas identidades vivas implican la unidad viva del mismo mar y son mucho más que una bella decoración teatral. [...] No es indiferente para la historia encontrar en todas partes los mismos ritmos de las estaciones, la misma vegetación, los mismos colores, y si la configuración geológica se presta a ello, los mismos paisajes (parecidos hasta la obsesión). Y, en fin de cuentas, los mismos géneros de vida.

Después el estudio se detiene en la explicación –que considero de las más interesantes del libro– de la influencia de Palladio en la arquitectura de estas zonas españolas, en oposición a otros criterios que la consideran escasa. Y no solo en las formas (masías catalanas de planta cuadrada, casas torre alicantinas y murcianas) sino también en la importancia del color que se deriva, entre otras cosas, de ser generalmente las obras de Palladio fábricas de ladrillo que se revisten con estuco coloreado. Su influencia no fue tanto teórica como el resultado de la presencia de importantes colonias de italianos, especialmente genoveses y piamonteses que vivieron en estas zonas atraídos por el gran volumen de intercambios entre los puertos italianos y el de Alicante, y que alcanzaron posiciones de poder económico y político con importantes cargos en la administración y en la jerarquía eclesiástica, llegando a tener durante más de trescientos años enormes extensiones de tierra en la huerta de Murcia y en los campos de Lorca, Cartagena y Alicante. Además, según escribe F. Candel Crespo

en *Familias genovesas en Murcia*, «...estos genoveses mantienen contacto con su lugar de origen y con sus paisanos y parientes, a los que atienden solícitamente cuando visitan Murcia, Cartagena o Alicante», de modo que su relación con la Italia natal no desaparece con su afincamiento definitivo en nuestro país.

El capítulo correspondiente a la arquitectura y el color en el medio rural, y también el de la ciudad, que le sigue, son un bello despliegue de imágenes que recogen magníficos ejemplos de esa arquitectura en la que el color adquiere aquella «capacidad de estimulación» que –ya comenté al principio de esta reseña– era considerado aspecto fundamental para los autores. Nos informamos en estas páginas de las técnicas de ejecución de los estucos, de la procedencia de los pigmentos o de las razones del uso de un color o de otro, que pueden ser desde la necesidad vital de señalar con un rojo vivo el contraste con el entorno desertizado y monocromo del secano levantino hasta la de señalar como un hito urbano una torre o una rutilante cúpula recubierta de tejas esmaltadas en azul, que se elevan sobre el perfil confuso del resto de las construcciones.

El color en la vida, en la calle, en estas regiones mediterráneas favorecidas por la suavidad del clima también se recoge en las páginas de este libro. La calle como prolongación de la vivienda, que se barre y se asea, o se adorna con ocasión de las fiestas, y los trajes llenos de bordados, los mercadillos, los desfiles, las calles cubiertas de papelillos, los carnavales o las calles escalonadas con los peldaños pintados.

El estudio concluye con el capítulo *La ciudad fuera de la ciudad*, que hace un breve recorrido por los fenómenos más recientes de asentamientos, como son los pueblos turísticos costeros, con especial atención a los balnearios del Mar Menor, construidos con madera pintada de colores luminosos o las alineaciones de casitas adosadas que proliferaron por la costa, revestidas con azulejos que intentan distinguirse mediante colores y elementos ornamentales. «Arquitectura autoconstruida generalmente, de gran valor expresivo, escasa calidad constructiva, pero armoniosa en su conjunto al utilizarse técnicas y criterios de profundas raíces populares». También se detiene en los balnearios de interior, los lugares de peregrinación y los cementerios y su curiosa similitud en la organización espacial con las ciudades que vivimos, con calles y propiedades, y con:

unos códigos utilizados de manera repetitiva, convencionalmente, como pueden ser las flores, las cruces, los mármoles, las imágenes sagradas, y frente a ellos, otros más sofisticados y personalizados, en los cuales tiene cabida una fantasía y creatividad artística más amplia. El mundo cotidiano de los vivos se traslada a los nuevos lugares, configurándose unos espacios de carácter más alegre, similares en colores y materiales a los existentes en la ciudad tradicional.

El último capítulo, *Elementos ornamentales*, presenta con numerosas imágenes soluciones singulares de revestimientos ornamentales de muros, tratamiento de huecos, elementos de coronación y otros detalles complementarios y añadidos que significan y complementan la edificación, sirviendo de contrapunto y referencia para una más rigurosa valoración del conjunto.

Un muy interesante estudio que anima a viajar y a conocer esa arquitectura en su lugar y a «sentir sus estímulos». Y añadiría, pensando en los balnearios del Mar Menor, en Los Nietos, en El Cabañal... antes de que desaparezcan.

Hervás Avilés, J.M. y Segovia Montoya, A. (1983). *Arquitectura y color. Análisis de la utilización del color en las arquitecturas tradicionales de los antiguos reinos de Valencia y Murcia*. Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia y Editora Regional de Murcia.